

ANÍBAL QUIJANO Y LA COLONIALIDAD DEL PODER

Cristian Andino
Filósofo

Fallecido recientemente, Quijano y los teóricos del “giro decolonial” defienden que la colonialidad no es un estado de cosas que se oponen a la modernidad.

Los años 70 han significado el definitivo tránsito hacia el cambio de las bases epistémicas de los saberes en las ciencias sociales críticas y en las propuestas políticas en América Latina. Uno de los principales iniciadores de este cambio paradigmático fue, sin lugar a duda, el destacado sociólogo peruano Aníbal Quijano, quien falleció el 31 de mayo pasado a los 90 años.

Su casa de estudios fue la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, en donde fue profesor durante muchos años, pero por su posición crítica y sus aproximaciones al marxismo -en la línea de los trabajos de José Carlos Mariátegui- fue perseguido, encarcelado y exiliado de su país, llegando a dar clases en numerosos centros de América Latina y el mundo.

En su estancia en Chile como investigador de la CEPAL a finales de los 60, Quijano realizó aportes más que interesantes a los debates que surgían por entonces en torno a la “teoría de la dependencia”, un constructo teórico que, en contextos de las dictaduras militares, planteaba el problema del subdesarrollo latinoamericano en clave de colonialismo y dominación imperial por parte de los países del centro por sobre la periferia mundial.

Sin embargo, su obra ganó gran notoriedad internacional recién en los años 90, precisamente cuando coincide con una camada de filósofos y científicos sociales que empezaron a reflexionar sobre la necesidad de una verdades “descolonización” de los países periféricos a partir del desenmascaramiento de lo que denominaron la cara oculta de la modernidad: la colonialidad, tal como se expresa en el trabajo colectivo compilado por Edgardo Lander titulado: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales (2000)*.

Eurocentrismo y modernidad

Cuando en 1989 el economista neomarxista egipcio Samir Amín publicó su obra *El eurocentismo; crítica de una ideología*, llevaba ya unos años de circulación el libro *Orientalismo*, de Edward Said, de 1978. Said exponía críticamente en su obra las

formas narrativas con que Occidente dibujaba las diversas situaciones de los países orientales empleando la técnica foucaultiana de la arqueología de los saberes.

Ya para entonces los movimientos de “liberación nacional” en Latinoamérica se fueron amainando, las dictaduras militares estaban cayendo en la mayoría de los países y en los albores de los años 90, tras la caída del muro de Berlín, se había extendido la idea de un mundo posmoderno, desprendido ya de todo metarrelato, Lyotard (1979) y donde el capitalismo global estaba más que floreciente ante la idea del “*fin de la historia y del último hombre*” como lo predijera Francis Fukuyama (1992).

En esta línea, llegaron los relatos poscoloniales y en los departamentos de humanidades de los centros académicos más importantes en América Latina aparecieron los estudios subalternos, cobrando fuerza la “razón poscolonial” de autores como el propio Said, o las ideas de los intelectuales indios Gayatri Spivak y Omi Bhahba, cuyas tesis fundamentales -provenientes en gran medida de las teorías literarias-suponían que la historia del imperialismo está marcada por una “violencia epistémica” y siendo el occidental el que construye con sus relatos al “otro” colonizado, el objeto de su descripción siempre será una construcción del sujeto colonizador.

Es decir, para estos autores no existe un sujeto colonizado, que interrumpiendo desde la exterioridad de las estructuras imperiales, pueda articular su voz a través de los discursos de la ciencia occidental. Con ello parece imposible salir de la lógica del discurso imperial, y la propuesta del pensamiento poscolonial invita a asumir nuestra condición de “culturas híbridas”.

Herencia poscolonial

Pero un sentimiento de satisfacción intelectual avizoró en los intelectuales críticos de la región ante los postulados poscoloniales. Quijano es uno de los que aportó categorías nuevas que permiten pensar la lógica de la instauración de la modernidad y el proceso de autoafirmación del mundo occidental europeo, que empezó su expansión definitiva en el siglo XVI, un proceso que mantiene una cara oculta: la colonialidad.

La tesis central que defiende Quijano y los teóricos del “giro decolonial” es que la colonialidad no es un estado de cosas que se opone a la modernidad y le precede, sino que forma parte integral de los mismos procesos de modernización. Para estos autores, la experiencia de la expansión y colonización europea es fundamental para entender la emergencia de las principales instituciones modernas entre los siglos XVI y XIX: el capitalismo, la ciencia, el arte y el Estado, como lo explica Walter Mignolo (2003).

En América Latina, la modernidad se vio dada siempre a través de la colonialidad, situación que continua hasta la actualidad. Por eso Quijano y otros autores suelen hacer una distinción categorial entre colonialismo y colonialidad. Mientras el primero hace referencia a la ocupación militar y la anexión jurídica de un territorio y sus habitantes por parte de una fuerza imperial extranjera, la “colonialidad” se refiere, en cambio, a la “lógica cultural” del colonialismo; es decir, al tipo de herencias coloniales que persisten y se multiplican incluso una vez que el colonialismo ha finalizado. Se dice entonces que en América Latina el colonialismo finalizó en el siglo XIX, pero la colonialidad persiste hasta el día de hoy.

Colonialidad del poder

La categoría de análisis que hizo de Quijano uno de los científicos sociales más citados actualmente en América Latina fue el de la “colonialidad del poder”, sobre cuya noción puede consultarse la antología esencial publicada por CLACSO, Cuestiones y horizontes de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder (2014). Para el autor, la colonialidad del poder opera mediante un tipo de “clasificación social” establecida en el siglo XVI, según la cual, la concentración de riqueza y privilegios sociales en las colonias se definen conforme a la raza y el fenotipo de los individuos. En la cúspide se encuentran los “blancos”, luego los “indios” y, por último, los “negros”, y sobre esta base quedará también establecida la división social del trabajo.

En otras palabras, para Quijano la colonialidad del poder es aquello que permanece oculto en el entramado de la organización social moderna invisibilizando a los sujetos “otros”. El análisis planteado representa, entonces una disrupción dentro de las ciencias sociales, pues sus postulados ofrecen una nueva manera de concebir e interpretar la historia, no solo a nivel latinoamericano, sino mundial, ejerciendo una creciente influencia entre los más connotados intelectuales críticos de la realidad contemporánea, tales como su amigo, el sociólogo norteamericano Immanuel Wallerstein, conocido por su teoría del sistema mundo.

Debemos decir, finalmente, que la contribución de Quijano a la sociedad contemporánea quizá aún no haya logrado un gran impacto en los movimientos sociales.

Seguramente, sus ideas irán adquiriendo mayor visibilidad y mayor influencia política en la medida en que tomemos conciencia del trasfondo colonial que aún rige el entramado de las relaciones sociales, políticas y económicas a nivel planetario y

asumamos, entonces, que la opción descolonial exige de nosotros praxis y compromisos concretos –más allá de nuestras torres de marfil universitarias- desde la sociedad misma.

Fuente: Diario Ultima Hora. Correo Semanal Ciencias Sociales. Asunción. Sábado 9 de Junio de 2018. Pág 8